

caída del Trono. Pues bien: frunce la boca, se encoge de hombros, y se sienta á la mesa, y come, como siempre, con toda la imperturbabilidad de su cotidiano apetito. Y si el cocinero ha tenido la feliz ocurrencia de preparar un *ménu* esmerado, hay algún motivo para creer que comerá como nunca.

Todo ha cambiado de la noche á la mañana: la decoración ha sufrido una transformación completa; son casi nuevos los hombres, las ideas y las costumbres; la *idea extrema* está encima; pero ¡qué demonio! pasado el primer momento de estupor, el desorden se ordena á sí mismo, lo extraordinario del caso se convierte en la cosa más natural del mundo. El sol continúa su carrera, el aire su curso, el agua su camino, las horas prosiguen su sucesión cronológica, y asunto concluido; porque, al fin y al cabo, la *Fuente Castellana* sigue siendo un paseo concurrido, los teatros se llenan de gente, los salones están de par en par abiertos. Y vamos á cuentas: ¿quién ha dicho que los reyes han de ser eternos sobre la tierra?... Además, ¿por qué ha de consumirse de fastidio en el rincón de su casa?... ¿Ha de enterrarse vivo porque otro ha muerto?....

El trastorno que la sociedad experimenta no opone ninguna dificultad seria á los regalados gozes de la vida, y mientras se vive, se goza.... ¿Y qué ha de hacer?... Se engalana, se perfuma, y á pie ó en coche prosigue, como si tal cosa, los di-

chosos instantes de su existencia, sirviendo de escolta al suceso.

Mas dejemos aquí estas primeras líneas del dibujo, para que el lector las vaya estudiando: no es asunto que corre prisa, y otro día seguiremos, porque hay mucha tela cortada.

## III.

## UN TIPO.

Colocado á cierta distancia de las ambiciones impacientes que llenan de tempestades las regiones políticas, el carácter que vamos bosquejando no inspira á la generalidad de las gentes ni aversión, ni entusiasmo, ni afecto, ni odio; ni se le busca, ni se le rechaza; si está, es uno más, y si no está, no es uno menos.

El espíritu algunas veces burlón de la *moda*, parece que se ha entretenido en poner en uso un modo bastante original de designarlo. Sírvese del nombre de pila, usándolo comúnmente en diminutivo, suprime el apellido, y añade el título aristocrático, honor de la estirpe. Así, pues, su nombre propio es *José ó Juan*, su apellido *Fernández ó Martínez*, y el título nobiliario que lo enaltece puede ser, bien *marqués de las Empresas*, ó bien *duque de Albarroja*. Esto es, dos títulos que el lector puede elegir entre tantos como todavía nos recuerdan la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes.

des, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia. La moda introducida en las regiones del buen tono omite el apellido, prescinde de la jerarquía del título, y dice con sencillez encantadora: *Pepe Empresas ó Juanito Albarroja*.

Y yo pregunto: ¿No hay aquí más que un vano capricho de la moda? ¿Tan ingenua puerilidad es una simple extravagancia del lenguaje corriente en los salones?

¿No hay aquí más que una espontaneidad inocente, irreflexiva, del trato superficial del gran mundo? ¿Sí? Pues entonces es un capricho mordaz, una cruel extravagancia, una espontaneidad demasiado terrible. ¿Por qué? Porque es mezclar la burla al respeto, la insignificancia de la persona con la grandeza del honor. Es descubrir bajo la pompa venerable de un título ilustre, permítaseme decirlo, la pequeñez del individuo. Es tanto como decir: toda aquella gloria ha venido á convertirse en esta insubstancialidad, en este egoísmo ó en esta ignorancia.

Bajo el recuerdo de esa grandeza pasada encontraréis con deplorable frecuencia á *Pepe* ó á *Juanito*. La moda, más perspicaz que vosotros, se os ha anticipado y los ha descubierto antes, probablemente sin pensarlo... ¡Oh qué aturdimiento de la moda!

Y bien: ¿no podrá creerse que hay en esa manera indiscreta de distinguirse una injusticia invo-

luntaria? El tipo que bosquejo no posee ciertamente un carácter de hierro, ni una virtud de mampostería; no es, en verdad, ni un genio, ni un héroe, ni un santo. Convengamos en ello; mas, ¿desde cuándo el genio se hereda?... ¿Quién ha vinculado el don de la inteligencia?... ¿Sabe alguien si el heroísmo es un pergamino, ó la santidad una renta vitalicia?... Sí; *nobleza obliga*, ha dicho la voz de la antigua hidalguía; pero será una pretensión ridícula exigir que cada título de Castilla sea un genio, cada grande de España un héroe, cada apellido ilustre un santo.

¡*Nobleza obliga!*... ¿Y á qué?... A servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; á sostener la dignidad de las glorias que representa; á echar, como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; á sentir algo, á querer algo, á saber defenderse siquiera, ó á lo menos á saber morir.

¡Exigencia inaudita!... ¡Morir! ¡Ah! ¡Morir, cuando la vida está llena de delicias!... ¡Cuando el refinamiento de nuestra cultura nos rodea de goces inefables; cuando la industria adula nuestros deseos con las más caprichosas invenciones, y el comercio nos lisonjea con todas las alucinaciones del lujo, y el arte distrae los ocios de nuestro espíritu con todos los espectáculos de la sensualidad más viva!... ¡Morir, cuando nos sentimos

invadidos por todos los deleites de la vida moderna!... ¡Morir, cuando vivimos, cuando gozamos!... ¡Oh, qué locura!...

No trazo, pues, los contornos de un genio, de un héroe ni de un santo. No hay en él nada de extraordinario, y sería muy difícil entresacarlo de la masa común del vulgo que llena la tierra, si el título nobiliario que señala su estirpe no descubriera á nuestros ojos al heredero de un nombre glorioso.

Ningún signo exterior revela la excelencia del origen; en vano buscaríais en el conjunto de su persona alguno de esos rasgos fisonómicos que suelen atestiguar la existencia de las almas superiores. Delinead un hombre alto ó bajo, gordo ó flaco, un hombre cualquiera, y escribid al pie: «he ahí un duque», «he ahí un conde», y nadie lo pondrá en duda. Parece que la atonía de su espíritu, la indolencia de su corazón y la debilidad de su carácter, han extinguido en su figura las líneas enérgicas que determinan la majestad del hombre. Ha pasado la juventud sin entusiasmo; llega á los límites de la virilidad sin madurez, y se encuentra al fin en la decrepitud cansado, pero no harto de voluptuosidades de la vida.

No obstante, si no es activo, es movable; si no va realmente á ninguna parte, se puede decir que está en todas; hay cierta facilidad en sus ademanes, y su conversación posee el encanto de esa amenidad que proporciona la deliciosa murmura-

ción, á que se prestan los cuentos íntimos y las historias privadas que casi diariamente circulan por las altas regiones del gran mundo, y cuya ignorancia sería imperdonable en un hombre de buen tono. No hay mordacidad en sus palabras, ni indignación, ni escándalo; habla del suceso, porque es la novedad del día, porque es un caso curioso más ó menos cómico, más ó menos trágico, pero divertido, hecho como de molde para disipar el fastidio del momento.

La caída de los imperios, la subversión de las ideas, el trastorno social que agita á todos los pueblos de Europa, son asuntos para embargar la atención del vulgo, excesivamente impresionable é ignorante; pero á ciertas alturas no llega el pavor de semejantes sucesos; desde allí se ven los accidentes del espectáculo, distraen la imaginación por un momento, y luego cansan, aburren..., se hacen viejos. ¿Y qué novedad ofrecen?... ¿No cayó así el esplendor de Babilonia?... ¿No sucumbió así la culta Grecia?... ¿No acabó así la Roma sensual del bajo imperio?... Discútanse esos asuntos en los casinos; revuélvanse en los clubs..., bueno; pero en los salones..., ¡qué horror! La literatura de las altas esferas no es tan pavorosa, es de mejor gusto. El matrimonio repentino de *E*, la herencia inesperada de *L*, las pérdidas de *H*, la sorpresa de *Q*, el rapto de *P*, la ingeniosa traición de *M*... Esto, si no hay un alfiler de brillantes, ó una falda de encaje que mantenga suspensa la ad-

miración por algunos minutos, ó si no hay que celebrar algún *volapié* de *Frascuelo*, ó la última hazaña de *Lagartijo*. Lo demás..., ¿qué importa?

Pero, en medio de todo, su educación es completa: monta á caballo con más ó menos gracia; maneja los caballos de su coche mejor que su propio cochero; ha aprendido el francés en los *boulevares* de París, y balbucea algunas frases inglesas con bastante soltura. Habitado al regalo de las mesas exquisitas, sabe apreciar el mérito de los *ménus* más espirituales. En geografía no es menos docto: le son familiares todos los puntos del globo que la moda ha elegido para reunir alternativamente en los veranos, en las primaveras, en los otoños y en los inviernos, lo que podemos llamar la crema del fausto, la quinta esencia del buen tono, lo más florido de la especie humana. No desdeña absolutamente el ejercicio de las armas: una pistola de tiro en su mano puede dar en el blanco; conoce la guardia italiana, la guardia francesa, la guardia española, y su espada de combate sabe muy bien *parar una contra*; porque, al fin, nadie se halla libre de la eventualidad de un duelo. ¡Cómo había de negarse al escándalo de un lance de honor!... Si juega, es por puro aburrimiento; y si se enamora, es por mera galantería. Si sus *pagarés* se descuentan en la plaza..., ¡qué celebridad! Si sus aventuras se cuentan en los salones..., ¡qué gloria!

Por lo demás, es el hombre más tratable del mundo. Atento, fino, hasta jovial, toma las amis-

tades con la misma frescura que las deja, y entran en la fácil intimidad de su trato lo mismo las personas intachables que aquellas á quienes el dedo público señala con deshonrosa preferencia. ¿Puede él erigirse en juez de la honradez ajena?... Nada más noble que la humildad de los poderosos. Inclinarsé hasta estrechar la mano del pobre y acoger al desvalido, es una acción digna de toda grandeza; pero ¿ha de constituirse en Hermana de la Caridad? Las puertas de su trato están abiertas para todos; en el orden moral no reconoce jerarquías. ¿Qué diferencia separa á los hombres de bien de los bribones? No lo averigua, porque no le importa: conservando de los siglos pasados lo que de ellos ha recibido, ostenta el título de su alcurnia; y dando á la vez al siglo presente lo que le corresponde, ha democratizado su conciencia.

No entran en su filosofía las tenacidades de los afectos profundos, porque la ternura es una flaqueza humana que suele acarrear muchas inquietudes y muchos dolores. ¿Á qué fatigarse en querer, cuando apenas hay tiempo para vivir?... Las realidades del mundo en que vive le son demasiado halagüeñas para ir á buscar aventuras en el mundo de los sentimientos. Sin embargo, suele hablar con calor y disputar con entusiasmo acerca del mérito plástico de la bailarina que por el momento hace las delicias del público. En sus movimientos encuentra sensibilidad, pureza, pasión y aun genio.

No se vaya á creer que es indiferente á los atractivos del arte...., ¡Oh!, no; admira las obras maestras con exclamaciones del mejor gusto; pero no ha de quedarse delante de ellas con la boca abierta: el lujo lo ha familiarizado con las más célebres, y las conoce como conoce las montañas de Suiza, las orillas del Rhin; como conoce á Wiesbaden, la City, la playa de Biarritz y el bosque de Boloña; como conoce á *Mabille*, que es, al fin y al cabo, la obra más acabada del arte moderno.

No le digáis que se han agotado las ostras de Ostende, que se han agotado las trufas, que ya la Patti no canta, ó que estos salones ó los otros van á permanecer cerrados durante toda la eternidad del invierno, porque es muy posible que su corazón se conmueva con tan desastrosos anuncios; pero decidle que la fe se ha extinguido en el corazón del hombre, que la incredulidad ha soliviantado todas las pasiones, que la *ciencia* ha pervertido todos los entendimientos, y oirá vuestras palabras con la sonrisa en los labios, se encogerá de hombros, y os replicará sencillamente:

—¡Phs!.... : ese es el mundo.

Y poniendo el pie en el estribo del coche, se dejará caer sobre los almohadones del asiento, y le dirá al lacayo:

—Al teatro de la Ópera.... A la *Fuente Castellana*.... A *Fornos*.

Descended al fondo de su pensamiento, y buscad allí una convicción profunda.... ¿Qué veis?

Sombras. La idea de Dios está allí sin duda, pero está arrinconada como un mueble de lujo que la moda dominante ha proscrito. Está allí incierta, dudosa, desvanecida, como está el sol en el cielo en los días nublados...., indecisa y del revés, como graba la fotografía las imágenes en el cristal de la cámara oscura.... La revelación.... Bien; registrado, y acaso la encontréis olvidada, como un libro viejo, bajo el polvo secular del archivo.

En punto á la religión, veréis flotar en su entendimiento todas las novedades del día. No trata ciertamente de crear una teología para fundar una nueva secta; pero, ¡ya se ve! ¡Hay tantas!.... «El catolicismo es la verdad, parece que sí....; pero, ¿qué puede hacer él solo? ¡Pío IX! ¡Ah, venerable anciano!.... Sí, señor....; ¿pero no son también *Papas* el czar de todas las Rusias, el emperador de Alemania y la reina de Inglaterra? No, no; no están los tiempos para hacer gracias. Sería ya insensato oponerse á la corriente de las nuevas ideas. Hemos hecho todo lo posible; la civilización nos empuja, y no hay más que seguir adelante. Ahora, que cada uno se oiga su misa como pueda. ¡Demonio!.... No se puede jugar con Europa.»

Así discurre, y guiñándose á sí mismo el ojo, como quien ha encontrado la solución del problema, se lava las manos en agua perfumada.

Conviene en que la filosofía que llamamos moderna es una diablura, porque, turbando los entendimientos, lanza á la sociedad por el camino de las

pavorosas aventuras. Oye con gusto las críticas de esa ciencia infausta, se burla de los errores que enseña, y se ríe de los desatinos que propala; pero, sea como quiera, se llama ciencia, y es una cuestión que deja íntegra á las decisiones de los sabios. Si en esta lucha de principios, que él llama *opiniones*, hay algo que lo desespere, es la intransigencia de los ultramontanos, la tenacidad de las verdades que se han empeñado en ser eternas. ¡Y cuántas veces en las agitaciones que turban las muelles delicias de su vida, culpa á la verdad misma de los estragos que causan los errores! ¿Por qué tres y dos se han de obstinar en ser siempre cinco?....

Hay una regla bastante admitida para fijar el valor moral de las acciones. Todo lo que no esté expresamente prohibido en el texto de las leyes civiles, esto es, de las leyes humanas, más claro, de las leyes políticas, es lícito. Pero he aquí que con frecuencia esas leyes, impuestas alternativamente por el dominio eventual de los partidos, prescinden casi por completo de la vida íntima de la sociedad, abandonando á los extravíos de la conciencia individual y á los delirios de falsas teorías las creencias, los sentimientos y las costumbres de la multitud. Así se ve en las naciones más cultas á la policía allanar el domicilio por cualquier razón política, mientras se detiene respetuosa ante los umbrales de los garitos...; ¿y qué importa? Lo que interesa, lo que urge, lo que apremia es salvar, ante todo, contra todo y sobre todo, los intereses

políticos del Estado.... de estos Estados modernos sin solidez y sin raíces, que fluctúan á cada paso llenos de temores y de incertidumbre. La sociedad moral no es el objeto, el fin, la aspiración; es más bien el *anima vili* de dolorosos y continuos experimentos.

¿A qué hemos de atenernos?... Si Dios puede ser cualquiera, ó ninguno; si hemos de tributarle el culto que más nos acomode; si lo que hoy se enaltece mañana se abomina; si es libre nuestro pensamiento y lícita toda acción con tal que no afecte á los intereses políticos del Estado, ¿de qué guía ha de servirse la ignorancia y la perversidad natural del hombre para distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, la lealtad de la traición, la justicia de la iniquidad?... ¡Oh, libertad mil veces funesta! A ti te debemos la libre abyección moral en que vivimos. El día que acabes de extinguir esa última luz de la conciencia humana, será completa tu victoria. No te diré yo, como la desdichada mujer de Roland, que se cometen muchos crímenes en tu nombre; te diré que tú eres el germen que los engendra, porque eres la soberbia que ciega los entendimientos, seca los corazones, enciende el fuego de las concupiscencias, y arma el brazo de todos los apetitos. Tú eres la más espantosa de las tiranías: porque, levantándote sobre la libertad justa, sobre la libertad verdadera, nos impones el yugo de todos los errores y la dictadura de todos los vicios.—Nada hay para ti legítimo ni respetado.

ble más que la movable divinidad del Estado.

Regla moral: todo lo que no esté penado en el Código, es lícito; lo demás que encontréis culpable, pertenece á la jurisdicción de vuestro juicio.... Vosotros, demasiado escrupulosos, lo condenaréis, —¿á qué?— á vuestra indignación...., á vuestra repugnancia.... Bien....; pero el mundo lo absuelve. La vindicta pública no tiene derecho á reclamar más que contra los delitos penados por las leyes: esto es, el robo y el asesinato, según el caso y las circunstancias; porque, digámoslo con orgullo, la condición humana ha mejorado de tal manera, que á los ojos de la ley ya no hay más que esos dos delitos; si hay algo más, son debilidades, faltas, ligerezas ó fragilidades de la naturaleza humana....; ¡bah!...., *peccata minuta*.

Pues bien: el ilustre vástago de la noble familia que rápidamente delineamos, no suele llevar los escrúpulos de su juicio moral más allá de esos límites. Se encuentra la regla hecha como de molde, y no se mete en más honduras. Sin saberlo, pertenece á la secta de los académicos que profesaba en Roma el principio de que nada hay cierto más que las instituciones civiles del Estado, y que á ellas hay que atenerse, como á la única regla de las acciones humanas. Se puede decir de él que traduce á Tácito sin entenderlo.

Ya lo sé: los ojos del vulgo no descubrirán fácilmente en este ser culto, limpio, aristocrático, afable é inofensivo, razonable y sensato, el tipo

esnudo y furibundo del *descamisado*. Las superficies son opuestas; el aspecto, contrario; las apariencias los separan, los alejan como si nada, absolutamente nada, hubiese de común entre ellos. Pero romped el velo casi siempre engañoso de las exterioridades; apartad los accidentes suntuarios que decoran las figuras; dejad aparte la dulzura del semblante y la dureza del rostro; no miréis si la mano es fina, suave ó nerviosa, ó es dura, áspera y calluda; descended al fondo, y hallaréis la misma obscuridad, las mismas soledades, el mismo desierto. Y yo pregunto: ¡Dios mío! ¿En qué se parecen dos abismos? ¿Qué diferencia hay entre la sensualidad hambrienta, ardiente, tempestuosa, y la sensualidad tranquila, refinada y satisfecha?... Si el uno espanta, el otro desconsuela.

Si aquél es la mano ruda y airada de la devastación social que nos amenaza, éste es la mano indolente y flexible de la desolación moral que nos invade.

Aquél es el reo...., bien; pero he ahí el cómplice.

Tales son las líneas generales del dibujo que me había propuesto trazar, siguiendo los contornos de la figura con toda la suavidad que me ha sido posible.

Tal es, digo, el individuo; otro día veremos el conjunto.

## IV.

## EL CONJUNTO.

No hay que forjarse risueñas ilusiones acerca de la duración de la vida; porque, échese la cuenta como se quiera, ello es que siempre la encontramos corta. Por avanzada que sea la edad en que la muerte venga á pedirnos el último suspiro, nuestra sorpresa es la misma que experimentaríamos ante la realidad de un suceso inesperado, y entonces se escapan del alma atribulada estas dolorosas exclamaciones: «¡Ya...!» «¡Tan pronto...!» Y como si el paso de la vida por la tierra no fuese tan rápido, la vejez se anticipa, cargada de achaques y de desengaños, ni más ni menos que si quisiera enterrarnos antes de haber muerto.

No hay escape; y claro está que si hubiese un lugar en el mundo donde no se muriera nunca, iríamos allí á pasar el resto de nuestros días; pero ¡qué le hemos de hacer!; no hemos conseguido aún ese ya anunciado descubrimiento, y entretanto no nos queda más recurso que abandonar la vida en el punto y hora en que á la muerte se le antoja despojarnos de ella.

La cuestión, por lo tanto, se nos ofrece en términos bien sencillos:—¿Qué debemos hacer en el transcurso de tan breve plazo?... La respuesta salta á los ojos: Pasarlo lo mejor posible.

Ante todo, conviene, para la mayor tranquilidad del espíritu, alejar de la imaginación toda idea de tan terrible instante. ¿Á qué aterrarnos con el recuerdo pavoroso de ese fin inevitable?... Si la muerte ha de llegar en el momento más inesperado..., ¿á qué salirle al encuentro?... ¿No es posible detenerla?... No. Pues bien: olvidémosla; porque la combinación que el caso nos presenta es bien terminante; no nos ha de faltar tiempo para morir, y siempre nos falta tiempo para la vida. En ella hay que emplear toda nuestra fuerza, toda nuestra actividad, toda la energía de nuestro ser, mientras que para morir basta cruzarse de brazos, inclinar la cabeza y exhalar el último aliento: la muerte es una de las cosas que nos encontramos hechas.

Es verdad que la vida está llena de inquietudes, de pesares y de dolores; que los mismos afectos que la endulzan la amargan; que las mismas ternuras que la alegran la entristecen; que las mismas pasiones que la embriagan la consumen; que hasta la misma ambición satisfecha no se encuentra nunca contenta. La sabiduría..., ¡cuántos desvelos cuesta!.... La virtud..., ¡qué dolorosos sacrificios impone!.... Los hijos, la familia..., ¡ah! ¡cuántos sobresaltos causan!.... ¡cuántos disgustos ocasionan! La vida así no es vivir; es una agonía larga, una muerte continua.

Sin duda alguna, la filosofía, que forma lo que podemos llamar el espíritu de nuestro siglo, ha

revuelto el mundo de las ideas; la literatura, auxiliar inmediata de esa filosofía, ha alterado el mundo de los sentimientos, y la política, con la espontaneidad de sus agitaciones, ha conmovido los cimientos de la sociedad. No hay que negarles la parte de gloria que les corresponde. Pero la transformación social á que simultáneamente aspiran los esfuerzos de esa filosofía, de esa literatura y de esa política, esto es, la felicidad del hombre sobre la tierra, no se ha realizado en ninguna parte como en las regiones del gran mundo.

Todavía, á pesar de tantos esfuerzos, la vida común, la vida ordinaria, la vida vulgar, continúa llena de angustias, de sobresaltos y de dolores. Aún hay una parte del género humano que no sabe echar á un lado las penas, ó, mejor dicho, echarse el alma á la espalda y hacerse superior lo mismo á las desdichas públicas, que á las desdichas ajenas, que á las propias desdichas. Seres infelices que ignoran, por pura ceguedad del entendimiento ó por mera atascuería de sus corazones, cómo este valle de lágrimas en que hemos nacido puede convertirse en un paraíso de delicias.

Sería una insigne injusticia negarle al gran mundo el distinguido mérito de haber, digámoslo así, proscrito los pesares que de tantos modos nos atormentan en el transcurso de la vida. Semejante al orador de Atenas, después de haber oído las diversas teorías, los distintos métodos y los variados sistemas con que la filosofía, el arte y la política

pretenden salvar á la sociedad del grave peligro de sí misma, se sonríe con exquisita finura, y exclama: «¡Bah!... Todo eso que vosotros decís lo hago yo»; y lo hace. Colocado en las alturas de los honores humanos, árbitro de la moda, señor del buen gusto y dictador de las costumbres, quiere servir de ejemplo, y, preciso es reconocerlo, su ejemplo obtiene un éxito fabuloso.

El gran mundo es la alta región en que vive la *buena sociedad*. Bien. ¿Pero qué es la *buena sociedad*? Háganse todas las salvedades que se quieran, réstense de la suma total los nombres que en realidad merezcan ser excluidos, y el conjunto será este: una colección de seres perpetuamente alegres.

Las altas cumbres desde donde saborea las dulzuras de la vida, son, por lo visto, inaccesibles á las inquietudes que nos rodean á los demás mortales; y no es una alegría loca, arrebatada, tempestuosa, sino una alegría pacífica, razonable, sensata... Alegría sin fuego, felicidad sin entusiasmo, pero continua, constante, imperturbable. Bien puede hundirse la tierra bajo nuestros pies ó desplomarse el cielo sobre nuestras cabezas,—la *buena sociedad* no alterará por eso el orden riguroso de sus grandes recepciones. Es un pedazo de cielo que no se nubla nunca, un horizonte siempre despejado, un sol de permanente primavera que jamás se pone. ¿Qué tiene ella que ver con el resto del mundo?....

Sabemos que la inercia es la cualidad absoluta

de la materia, y que la atracción es la ley suprema de los cuerpos. En ambas averiguaciones fundan los sabios la marcha ordenada y majestuosa del universo. Pues bien: la *buena sociedad* es una masa viva, un conjunto de materia sumamente *espiritual*, que, puesta en movimiento por la fuerza de una atracción poderosa, se mueve sin descanso. Semejante á una mariposa inmensa, matizada de esplendosos colores, vuela con sus alas de encaje y oro alrededor de la luz que la deslumbra, la ciega y la atrae: la luz de la moda, siempre variable, siempre inconstante y siempre bella.

Su cualidad absoluta viene á ser la inercia, esto es, la ociosidad, el *dolce far niente*, esa deliciosa pereza del alma y del cuerpo que nos pone á cubierto del cansancio de la vida. A la vez la moda, más movible, más inquieta que las olas del mar y las ondas del aire, es su ley suprema, el gran viento que la conmueve, la agita y la lanza en los espacios sin término del lujo.

Realmente su estado no es el movimiento, sino la movilidad: va y viene, entra y sale, sube y baja,—sus coches son los que más corren, sus trenes los que más brillan, sus fiestas las que más suenan.... La veréis en todas partes ligera, afable, risueña, voluptuosa.... Si observáis la precipitación con que sus fugitivas carretelas cruzan las calles y los paseos, creeréis que no tiene tiempo para nada; mas si advertís el indolente abandono con que aparece reclinada sobre el mullido respaldo del coche,

os persuadiréis de que le sobra tiempo para todo. ¿Adónde va?... A todas las fiestas, á todos los espectáculos, á todos los desvanecimientos en que pueda encontrarse; va en busca de sí propia; pues, como las estatuas griegas de los grandes maestros, parece que sólo puede vivir embebida en la contemplación de sí misma.

Dondequiera que va, va á verse, á exhibirse, á contemplarse delante del mundo subalterno que la sigue, la rodea y la imita: está lo mismo que delante de un espejo; sea dondequiera que mire, no ve más que su imagen.

Verdaderamente, no se le puede acusar de hacer un uso exclusivo de su distinción; al contrario, se halla siempre dispuesta á distinguir con su admiración el valor de toda novedad que, sea del modo que quiera, haga algún ruido en el mundo. ¡Oh! sí; le agrada el talento, le encanta la destreza, adora la fortuna; en una palabra: tiende muy gustosamente su mano á todo lo que sobresale...., para todo éxito tiene su sonrisa, y, ¡Dios mío!...., qué sonrisa tan encantadora...., tan perpetua; todo lo celebra. Sólo impone dos condiciones, que se relacionan entre sí inevitablemente, que su admiración ha de ser fugitiva, y que el objeto á que conceda los honores de su amable benevolencia ha de estar en moda. No es excesivamente escrupulosa en punto á la índole de las novedades que admira, porque sus miradas no tienen, por lo común, tiempo para penetrar en el fondo de las cosas. La ameni-

dad de su carácter la obliga á pasar rápidamente de un objeto á otro; intentar detenerla, equivaldría á querer sujetar el aire que vuela, la luz que se escapa, el perfume que se evapora. Una hazaña, un libro, un lazo, un dije...., todo lo admira. Un sabio, un poeta, un intrigante, un aventurero...., un.... Vamos, á todos los admite.... Si en el fondo hay una perversidad, una traición, un oprobio, eso no lo ve; sus ojos no tienen tiempo para verlo. Ella no pide más que superficies, exterioridades, perspectivas, y, sobre todo, novedad...., no vedad continua, porque la novedad es su elemento.

Convertir la tristeza en alegría y el pesar en contento, es, sin duda alguna, poseer un secreto prodigioso. Pues bien: he aquí que una calamidad nos sorprende, que una catástrofe nos aterra. ¿Qué hacemos? ¿entristecemos? ¿desconsolarnos?... ¿Acudir con las lágrimas en los ojos, la pena en el alma y el dinero en las manos á socorrer la desgracia que nos llama?... ¡Ah! eso es vulgar, ramplón, *cursi*; eso lo hace cualquiera. Lo vaporoso, lo exquisito, lo *filantrópico*, es contestar á la calamidad con un gran baile....; salir al paso de la catástrofe con un magnífico concierto; echar sobre la tristeza el fastuoso manto de nuestra alegría, y contener el estrago con el ruido de una fiesta. Allí acudirán las gentes distinguidas que forman el gran mundo; cada uno llevará el óbolo de su amor al género humano, y algo ha de quedar para so-

correr á las víctimas de la calamidad ó de la catástrofe. ¿Qué más podemos pedirle?...

Si hubiera premios para la compasión, nadie podría disputarles el derecho de adquirirlos. Cada billete de esas fiestas atestiguaría el valor auténtico de la caridad más divertida del mundo. Abrid, abrid exposiciones universales de generosos y espléndidos sentimientos, y decidme si sería posible negarles á lo menos la mención honorífica.

No es esta, ¡oh *buena sociedad!*, la primera vez que dedico mis ociosas, mis excéntricas reflexiones á considerar todo el mérito que se encierra en esos rasgos con que suelen distinguirse las bondades de tu corazón y los esplendores de tu fausto. Yo adularía tus preciosas debilidades, y quemaría ante el altar de tu lujo el incienso de la lisonja; pero, ¡infeliz de mí!, no puedo. Castiga con todos tus desdenes la audacia de mi sinceridad, y, al ver la fidelidad con que te pinto en el cristal de mis palabras, prorrumpe enojada: «¡Oh....; ese espejo está loco!»

¿No lo sabes?... La razón es una excentricidad, y la verdad una extravagancia. Los mismos que lisonjean la frivolidad de tus vanidades piensan lo mismo que yo pienso; pero no me perdonan la osadía, esto es, la nobleza de decírtelo cara á cara. Al poner mis manos profanas en tu ser, por lo visto inviolable, yo no tengo perdón ni de Dios ni de los hombres. ¿Qué hemos de hacerle? Tú, que á tantos conoces, ¿no te conocerás á ti misma?....

Séparate por un instante de los fatuos desvanecimientos en que te evaporas; busca tu corazón, y ¡dichosa si lo encuentras!

Sea como quiera, ella es la que alegra la vida, la que llena el aire de flores, de lazos, de cintas, de ondas de seda y de ondas de encaje, de miradas y de sonrisas. Por la virtud especial de una alquimia maravillosa que nadie posee como ella, todo lo convierte en fiesta. En los paseos, en los teatros, en las calles y en los salones, en ninguna parte es espectadora, y en todas es espectáculo; su presencia es un encanto, y su ejemplo un incentivo.

Suprimid las enfermedades que afean, los años que envejecen y la muerte que aniquila, y ahí tenéis el *bello ideal* de la felicidad humana. El fastidio, esa es la única pena; pero pena que no se anuncia con suspiros, ni prorrumpe en sollozos, ni se deshace en lágrimas; sólo se manifiesta dulcemente en bostezos. La boca se entreabre lentamente hasta fomar una O, y quiere decir: ¡Oh qué aburrimiento!

Por la atmósfera donde respira las continuas satisfacciones de su vanidad cruzan como ráfagas eléctricas las más curiosas historias, los dichos más agudos y las frases más felices: allí todo se sabe, todo se averigua..., y..., vamos, todo se cuenta.

Y bien, dirán aquellos á quienes les gusta penetrar en el secreto de todas las cosas; esa es la parte exterior de la vida que todos conocemos, la

pared que da á la calle. Detrás de esa superficie, ¿no hay nada?... Al otro lado de esa pared, ¿qué es lo que se oculta? ¿No hay vida íntima?... ¿Qué nos cuenta V. de los cuidados de la familia, de las tareas caseras, de los afanes domésticos?... ¡Oh qué curiosidad tan impertinente! La vida íntima es la común, la vida vulgar, la vida ordinaria, esto es, la prosa de la vida. ¡Bah!...; no hay tiempo para eso. Además, encerrarse en el último rincón de la casa es obscurecerse, eclipsarse, y fuera del salón donde se recibe, del comedor donde se prodiga el placer de la mesa, del tocador donde se perfeccionan los encantos de la belleza, del gabinete, en fin, verde como la primavera, ó azul como el cielo, sonrosado como la aurora, ó blanco como las alas del cisne, donde se recrea el espíritu con la amenidad de las más entretenidas murmuraciones; el resto de la casa es un desierto.... ¡Qué soledad!... ¡Qué tristeza!...

Los cuidados de la familia, las tareas caseras, los afanes domésticos, allí están sin duda desvanecidos, ocultos entre la sombra que flota en los últimos términos del cuadro. No puede consagrar sus desvelos, como el vulgo de las gentes, á esas menudas pequeñeces. Es verdad que Isabel la Católica solía con caprichosa frecuencia componer la ropa blanca de su marido, como la más humilde mujer del pueblo; pero tan mal gusto no debe servir de regla. Además, en las regiones del gran mundo hay también manos delicadas que suelen

alguna vez bordar con primoroso arte las preciosas divisas con que se engalanan en las grandes corridas los toros más bravos. Los demás quehaceres de la casa, los demás cuidados de la familia, son cosas que la *buena sociedad* se encuentra hechas. Porque, vamos á cuentas: el aya, la nodriza, el mayordomo, el ama de llaves, la doncella, el repostero.... ¿de qué sirven?....

Reconozcámoslo: la *buena sociedad* es la que ha resuelto el gran problema de la vida.... Ella es en sí misma el movimiento continuo que la ciencia busca inútilmente; es la cuadratura del círculo de la felicidad humana. Ha sabido desprenderse de todos los sinsabores que nos afligen en la tierra; y rompiendo las tradiciones de nuestra universal desgracia, se ha constituido en ejemplar constante de dicha permanente. Si queréis, cada uno de los dichos seres que la componen será el más desventurado de los hombres ó la más infeliz de las mujeres. Es posible, y no seré yo el que pretenda negarlo; pero el conjunto, la reunión de todos forma esa atmósfera risueña y luminosa que se respira en sus altas regiones.

Vedla, y decidme si es posible no envidiarla. Del salón á la mesa, de la mesa al coche, del coche al palco; en su almanaque todos son días de fiesta. Las penas huyen de ella como huye la noche del día, y la tristeza se desvanece ante su presencia como se desvanecen las nubes delante del sol. Ve caer los tronos, hundirse las majestades de la tie-

rra, agitarse el mundo en dolorosas convulsiones, con una imperturbabilidad verdaderamente heroica.... Nada hay que turbe las delicias de su vida; de más lejos ó de más cerca, siempre es la corte que sigue á todos los éxitos. Ha encontrado la felicidad, y no hay manera de que la suelte.... ¡Felicidad!.... Entendámonos: la pueril satisfacción de pequeñas vanidades, el efecto de las grandes recepciones, el éxito de los trenes, el brillo del fausto, el placer muchas veces amargo del amor propio satisfecho....: he ahí el secreto de toda su dicha.... Para lo demás, ¡qué delicado egoísmo!.... ¡qué desdén tan exquisito!.... ¡qué soberana indiferencia!....

Si no fuese el mundo el teatro donde brilla su fausto, donde resuena el ruido incesante de sus fiestas, donde contemplamos el risueño espectáculo de su continua presencia...., podría creerse que no vive en el mundo.

Reduciéndola á un breve resumen, en que esté íntegramente contenida, podemos presentarla de esta manera:

Su ley es la *moda*.

Su gloria el *lujo*.

Su pasión la *toilette*.

Su manía el *sprit*.

Su delicia el *comfort*.

Su cronista *Pedro Fernández*.